Globethics Repository



Desesperantes y desesperados [Hopeless and desperate]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Díaz, Carlos
Publisher	Ediciones Encuentro
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-04 16:11:25
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/213412

Desesperantes y desesperados

por
Carlos Díaz

Existe el mal, es un doloroso misterio de iniquidad. En ocasiones el mal se concentra, exuda, empapa, sofoca, hunde. Entonces es la cámara de los horrores: «Para mí —dice Baroja en "La dama errante"— la vida española de hoy es como una momia envuelta en vendas, o, mejor quizá, como una figura de un escaparate ortopédico, cojas, mancas, llenas de férulas, de vendajes y de aparatos». Mientras sea «la vida española», la cosa, aunque dolorosa, camina. Peor anda el tema cuando soy yo quien lleva encima apósitos y muletas, aunque hablar de ellos en abstracto es, pese a todo, soportable, como cuando Schopenhauer, maestro del tema, asegura: «La vida de cada uno de nosotros, vista en su conjunto, de una ojeada... es una verdadera tragedia; pero cuando hace falta, paso a paso, agotarla en detalle, toma el aspecto de una comedia». Insisto, mientras se hable en esos términos, mientras lo que se narre sea el dolor de «cada uno de nosotros», como somos muchos todavía podemos defendernos, nos toca a menos. Pero, ¿y mi vida, Dios mío? Es mi vida la que se anonada y retuerce en el sufrir día a día, gota a gota:

«Ved qué congoxa la mía,
ved qué quexa desigual
que m'aquexa,
que me cresce cada día
un mal, teniendo otro mal
que no me dexa.
No me dexa ni me mata,
ni me libra, ni me suelta,
ni m'olvida;
mas de tal guisa me tracta,
que la muerte anda revuelta
con mi vida.»

Ha sido Jorge Manrique. Pero, ¿cuándo empezó a doler?, ¿cuándo deberíamos haber lanzado el grito primario? Este sufrimiento que me atenaza, que se faja en mi vientre, en mí que estaba sano, que estaba vivo, alegre, ¿cómo me ha venido?

> «¡Quién pensara jamás llegara un día
> en que, perdido el celestial encanto
> y caída la venda de los ojos,
> cuanto diera placer causara enojos!»
> (Espronceda: La decepción)

Dígame, ¿cuándo notó usted los primeros golpes? El psiquiatra baja, a la búsqueda de aquel estallido que quebrara la frágil porcelana, aquel temblor que se ahogó en el fondo rompiendo hacia dentro su metralla. Trata el psiquiatra de reconstruir aquella estancia —¿recuerdas?— y la circunstancia, tus padres, los abuelos, se remonta al RH, trepa por el olvido, busca por la subconsciencia procelosa, y casi siempre en vano, pues lo que encuentra ya no es el cuándo, sino el «¿por qué a mí, precisamente a mí?». Y mientras tanto...

«...En lo más íntimo/del noble corazón ya lastimado/resonó el golpe doloroso y frío/que ahogando la esperanza/hace abatir los ánimos altivos;/ y plegando las alas torvo y mudo,/en densa niebla se envolvió su espíritu». (Rosalía de Castro: Los Tristes [De «En las orillas del Sar»]).

Uno de los más fulminantes y rápidos efectos del sufriente es bajar la guardia, *rebajar la autoestima,* pues lo que duele desarma —he ahí una razón dolorosa, pero opuesta a la victoria brutal de las armas que no sienten dolor, y de los ejércitos—. «Sin el amor propio —decía ya Erasmo en su "Elogio de la locura"—, el hermoso Nireo se convertirá en feísimo Tersites, el rejuvenecido Faón en un achacoso Néstor, Minerva en cerdo, el ingenioso en tonto, el hablador en balbuciente, y el rústico en cortesano». «Decidme —añadía—: ¿puede amar a alguien aquél que a sí mismo se aborrece? ¿Es posible estar de acuerdo con los demás cuando no se está consigo mismo?».

Probablemente *la fobia al otro* nazca de un desajuste respecto del yo, que al estar desolado, pierde tierra, deviniendo *toda relación aterradora:* «Aterradora palabra: prójimo, próximo, demasiado cercano, en perpetua exhibición de sus parpadeos o de su horario. Cualquier forma de convivencia es antinatural». Lo ha escrito hace muy poco un celebrado escritor, *sic est, ut tibi dixi.*

Que el dolor (y sólo el dolor) del yo conduce a la insensibilización respecto del tú, es lo mismo que puede llevar al mismo autor a ver en el hombre a un «mono heterodoxo», y lo que a un tercero, de idéntico predicamento, le impele a escribir: «Para un cristiano, la sobria magnanimidad —la megalopsiquía griega— sería una virtud puramente pagana, a la que habría de reemplazar la empalagosa obligación de amar a sus enemigos, impuesta por la caridad». Es el dolor lo que, allende nuestras fronteras, lleva a un antropólogo a asegurar que «la ignorancia, el miedo y el conflicto son los elementos básicos de la conciencia

cotidiana» (Marvin Harris: «Vacas, cerdos, guerras y brujas»), y a ver como constante vital el «anhelo de prestigio», siendo el potlach, forma maniaca de consumo y despilfarro para donar o destruir más riqueza que el rival, no sólo una característica del amerindio, sino de todos los de alguna manera capaces de llegar a quemar la propia casa con tal de lograr las llamas más elevadas. Lo triste es que la descripción de Harris se adecúa bastante a la realidad, porque la nuestra es una civilización muy dolorida, predominantemente algésica.

Es también el dolor el que me relaciona con los demás por modo de *dialéctica de temor y fascinación,* como en la obra de Jean Genet, «el poeta del subproletariado» (así al menos lo ve Lucien Goldmann en «Primer Acto»), o de simple y sencillo odio, como en aquellos hornos crematorios nazis, donde se extraían los dientes de oro de los cadáveres antes de ser incinerados, o se utilizaban sus cabellos para fabricar zapatillas de submarinista.

No acaba aquí el imperio del dolor. Su poder es capaz de trastornarlo todo, haciendo —como dijera Schopenhauer— que «la vida oscile como un péndulo, de derecha a izquierda, del sufrimiento al hastío», y que la existencia pertenezca al mundo *siniestro y lúgubre* del mundo del teatro, donde todo consuelo es provisional y teatral. ¿Cuál sería entonces, añade Schopenhauer, el resultado de tan larga y penosa migración que consiste en construir el nido, alimentar a los polluelos, y volver a empezar de ellos?

Cuando no siniestro, todo resultaría, por culpa del dolor insoportable, *lábil y sin sentido;* entonces «mi mirada desciende lenta, hastiada, por la frente, por las mejillas; no encuentro nada firme. Evidentemente, hay una nariz, ojos, boca, pero todo eso no tiene sentido, ni siquiera expresión humana» (Sartre: «La Nausea»); entonces también cualquier actividad está *desprovista de ilusión, es tediosa:* «Levantarse, tranvía, cuatro horas de oficina o de taller, comida, tranvía, cuatro horas de trabajo, descanso, dormir, y el lunes-martes-miércoles-jueves-viernes-sábado siempre el mismo ritmo, siguiendo siempre el mismo camino» (Camus: «El mito de Sísifo»). Cuando esto es el nivel, entonces la tónica es la *carencia de ilusión prospectiva:*

> «Un albañil cae del techo, muere y ya no
> almuerza.
> ¡Innovar luego el tropo, la metáfora?...
> Un paria duerme con el pie a la espalda.
> ¿Hablar, después, a nadie de Picasso?...
> Alguien limpia un fusil en su cocina.
> ¿Con qué valor hablar del más allá?»
> (César vallejo: «Un hombre pasa con un pan al hombro»)

Lleva, pues, el dolor al inevitable *pesimismo antropológico,* al estilo de Ciorán: «En mis ataques de optimismo me digo que mi vida ha sido un infierno, *mi infierno,* un infierno a mi gusto»; «toda utopía que comienza a realizarse parece un sueño cínico»; «hay que vivir de los embaucadores, no

pronunciar ningún sí»; «el hombre es inaceptable». El dolor llega a dominar con maestra mano el cinismo contra el cinismo, concluyendo de este modo en el *dogmatismo del dogmatismo:* «Los más feroces inquisidores se reclutan entre los mártires a los que no se cortó a tiempo la cabeza... Nada más peligroso, más invisible que un dogma nuevo: es como un par de zapatos recién comprados y de un número más pequeño que lo debido, hasta que se doman con el uso no hay quien los aguante».

Bajo esta clave hay que leer a los maestros de la sospecha, pues el dolor *todo lo torna sospechoso,* y hasta la piedad en cualquiera de sus más veraces formas será vista como egoísmo universal y metafísico.

Y ésta es la conclusión: Que para ocultar el dolor el hombre o bien se oculta en el anonimato y en la "cotidianidad" que está como él, tratando de dar un capotazo al yo. («...¿Quién no habla de un asunto muy importante? ¿Quién no se llama Carlos o cualquier otra cosa?» - César Vallejo: «Poemas humanos»), o se termina en *la locura,* que es el dejarse destrozar por lo que Hegel denominaría el «lento trabajo de lo negativo». Es la locura algo tan duro como, sin embargo, fácil de explicar y pese a ello difícil de curar, porque en verdad se reduce a incapacidad para aceptar el dolor, lo que lleva a agredir al prójimo como a uno mismo. Dolor es, en cualquiera de sus manifestaciones, *desesperación.* Al pesimista —diremos alterando la literalidad de Ciorán— la tarea de odiarse puede llevarle toda la vida.

* * *

Y si lo anterior es cierto, ¿entonces por qué parece hoy blasonarse de la adolorada finitud? Antaño la mayoría de las rebeldías contra Dios eran producto de dolores sin dueño; hogaño, el hombre se adueña del dolor para someterlo y domesticarlo, haciendo gala de un prometeísmo de botica. El agnóstico triunfa, y se las apaña con su finitud tan ricamente: desconfía de pócimas, y se sabe enfermo, lo que le parece cosa natural del existir, siendo propio del agnóstico «integrarse en la finitud *con toda perfección*» (Enrique Tierno: «¿Qué es ser agnóstico?» - el subrayado es del original), el agnóstico en suma está «perfectamente instalado en el mundo». (Obra citada).

No resumiría mal la modernidad quien la conceptuase como *desesperación que para arrostrar la desesperación se instala en el sinsentido* y allí se enseñorea. El dolor no es adéspota, tiene amo. Talante de la razón moderna es la alquimia institucional del *solve et coagula.* He aquí cómo lo dice un libro de finales de 1983, de pluma profesoral: «Si es inútil buscar un sentido modificador de la vida (no porque no se encuentre, sino porque será siempre la extrapolación de un sentido parcial), es porque hoy somos conscientes de la irremediable ambivalencia de nuestro mundo» (Victoria Camps: «La imaginación ética»); «hay que pensar modelos *desde el escepticismo y la desesperación* que constituye el aire que respiramos» (Ibidem, subrayado nuestro); «no es que nos sintamos a gusto con nuestras miserias, esperanzas y temores: es que no

podemos sentirnos sin ellos». ¿Por qué nos obstinamos en no salir de la caverna? «Porque nuestro mundo es el de la caverna, y no el otro» (Allí mismo). Véase cómo se ha invertido a Platón. Cómo en aquella obra de la Edad Media, se podría decir que el talante de la modernidad no tiene nostalgia reminiscente, y en lugar del ámbito de las ideas se desenvuelve bien en la sombra. Su caricatura —y ciertamente su caricatura sólo, seamos serios— es el bingo. Para mucha gente, para el lascivo suntuoso, para el disidente rebelde, para el cortesano lustroso, las preferencias son las del dolor adobado en dinero, y las del dinero envuelto en el celofán del consumo. Es tal la presión ambiental, que no cabe apenas otra filosofía, como en otros tiempos sólo cabía la contraria, aquella que llevaba a Menéndez Pelayo a escribir: «España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra virtud. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévalos y de los Vectores, o de los reyes de Taifas» («Historia de los Heterodoxos Españoles»). No hay que entrar en este tema, pero no nos dejan salir del mismo, por contraposición. Para ser moderno se necesita compartir los filosofemas de la instalación en el sentido, que, si no el nuevo martillo de herejes, es al menos la basta piedra pómez de nuestras castigadas rodillas. Toca anáfora o repetición enfatizadora del tema citado. Todos corren a dar sentido al sinsentido, y junto con la anáfora, el calambur sofisticador: Oro parece, plata no es.

Se dice en medio de este contexto que *la cuestión no está en solucionar nada, sino en vivir,* como si se pudiese vivir en la no solución mientras arrecia el dolor. Muy dolido tiene que estar el cuerpo y no menos el espíritu cuando se renuncia a que nos visite el posible curator, al menos el aliviador. ¿O habrá que suponer que hoy no se sufre, que se es insensible al ajeno dolor, que los que sufren de verdad no hablan?

Pansofía a la vista: *Administrar la escasez.* He aquí cómo «se lo monta» al respecto uno de los vates de esta modernidad, escritor en «El País», y auténtico apólogo con notable buena pluma: «Para corregir el desarraigo lo mejor es tener una finca rústica, una casa solariega, un abuelo magistrado, una cómoda llena de legajos, una tía soltera en el pueblo celosa guardiana del secreto de una tarta de almendras que ha ido pasando de generación en generación. El arraigo moral, como su nombre indica, se deduce de los bienes raíces, y en el fondo, Dios no es más que un inmueble situado en una zona muy céntrica del paraíso». Y añade: «Entre los jóvenes más lúcidos ha comenzado a renacer ahora un nuevo modelo de propiedad, algo que ningún conde latifundista les podrá arrebatar nunca: el sentido próximo de las cosas. Una agradable conversación en el bar, el vuelo de un pájaro, el color romántico de los membrillos, ensimismarse contemplando una lagartija en la grieta de un sillar, mojar pan de pueblo en aceite virgen de oliva, oler hasta el éxtasis una manzana, inmiscuirse en una tarde de lluvia por las calles de la ciudad, acariciar una silla antigua como si fuera una novia, percibir los filamentos de oro que el sol extrae del musgo en la tapia, dejar que pasen las horas lentamente sobre la armonía de los pequeños

placeres. Poseer las cosas estriba en aspirar el aroma de infancia que ellas exhalan. El Derecho Romano tiene un perfume de heno, y la nueva estética consiste en no ser propietario de nada, pero hacerse con todo por medio de los sentidos. Es barato, no es ilegal, no tributa a Hacienda. Uno sólo es rey de su nariz. Y con la nariz se llega al fondo de la gloria». No es posible describir mejor lo que constituye el clima desiderativo de nuestros días. La juventud va por ahí, traga con eso, aplaude y pone en el tablón de corcho del aula (y es lo que ocurrió a esta columna citada) éste y otros textos en los que se reconoce.

Eso es lo que se ofrece, con sabor a poco, o a nada: ¿Hasta ahí llega el hombre? Más que victorioso sobre la afirmación, nos parece hundido en la negatividad, con sonido a retirada y a desbandada. Hay dolor, pese a la apología del dolor. Y a tal suena este texto de un celebérrimo profesor: «Las necesidades corporales son bastante monótonas, las cosas que un hombre puede hacer en su vida o con su vida no abarcan una gama demasiado amplia; y, sin embargo, ¡de qué modo tan diverso puede uno simbolizarlas, qué relaciones tan discrepantes y variadas podemos tener con los forzosos elementos que nos constituyen!».

Por otro lado, y lejos de cualquier planteamiento de ultimidad o de elucidación más radical, se postulan nuevas éticas desvinculadas de toda pretensión religiosa («Etica sin religión» es el título de una de ellas, aunque no instalada en el clima susomentado, sino más combativa), o se alega que la filosofía moral «debería renunciar a todo ideal de salvación, debería sustituir el objetivo religioso de salvación humana por propuestas más concretas formuladas tentativamente y para las que no hay por qué reivindicar ninguna garantía definitiva de acierto o bondad» (M. A. Quintanilla: «A favor de la razón»). La razón autónoma ¿se basta, sin embargo, para darse a sí misma la propia autonomía?

Aunque los autores y autoras que hemos citado pertenecen a climas culturales y políticos distintos, y el haberlos anucleado en un mismo asunto sea de alguna forma meterles en lugar ajeno, lo cierto es que, en general, los caracteres básicos de nuestros circunvecinos usuarios del metro o televidentes del otro lado del tabique suelen ser, más o menos formulados o explícitos, los siguientes: A) No hay que buscar sentido último en exceso; B) El relativo sentido mínimo es administrable; C) Lo importante es gozar con gozo administrativo. Con lo cual a su vez se afirma: A) Nada es eterno; B) Lo eterno es la temporalización del intento; C) El futuro no es problema, porque solamente hay presente. Henos en la antípoda del tiempo clásico.

¿Qué pasa aquí? Que no siempre hay menos relación entre política y picaresca que entre ética y política; que no queda rastro de las Erinias, diosas supuestamente negadoras de las acciones perturbadoras del orden moral; que Reagan y Julio Iglesias cantan juntos villancicos en la Navidad del año 1983; que los sabios, en suma, «tienen la prensa, tienen la bolsa, y ahora también tienen el subconsciente» (K. Kraus: «Contra los periodistas»). Y que, por el imperio del eufemismo, al charlatán se le llama comunicólogo, en tanto que la prosopeya se especializa en atribuir a los seres no racionales toda clase de

cualidades humanas, al tiempo que al hombre le adscribe todos los instintos animales. Y, por si fuera poco, que el estado es como Dadá: Dadá conoce todo, Dadá no tiene ideas fijas, Dadá no atrapa moscas. Los ministerios caen. ¿Por quién? Por Dadá. El futurismo ha muerto. ¿Por quién? Por Dadá». Es una época tal, que a un estado surrealista le siguen ciudadanos subrealizados y dolores subsubrealizantes. Pero el dolor aumenta su bola de estiercol, que el escarabeus arrastra tras de sí con sus palas negras. Y es que no se borra impunemente y por real decreto la noche oscura, para decidir alzarse permanentemente en re mayor. Algo es falso en este bando: «Queda por orden, y hasta nuevo aviso, erradicado el dolor».

* * *

Pero, ¿es posible instalarse tan ricamente debajo de un puente que rezuma humedad y que es una pura gotera? Uno se instala cómodamente en otros lugares, o, si no hay más remedio, se instala bajo el puente, pero sin decir que tal cosa es una comodidad. Ni el agnóstico más ascético podría sentirse a gusto en el dolor.

Tampoco puede ser la piedra filosofal del agnóstico eternizar el instante, no preocuparse de otra cosa que del instante («en la finitud no hay nada definitivo, salvo el instante», dice Tierno Galván), pues, por seguir con el puente: ¿en qué gratifica el frío de este instante, el hambre de este instante, la náusea de este instante, que para más desventura quiere eternizarse?

Ni puede ser la solución el que todo se reduzca a que «cuando el cuerpo se estropea» «el modo de hacer la finitud responsable es poseer el medio para que el dolor o la enfermedad desaparezca y el mecanismo de su objetividad queda dominado»: ¡Si todo dolor fuese reductible a objetivación de mecanismos dislocados, si el quita y pon del dolor fuese tan recambiable, no sería dolor: ¡El es *mi* dolor, *éste,* el no recambiable! Recurrir al médico, sí; identificarle con el brujo curalotodo, no. Dice un agnóstico, el profesor E. Tierno, que «a veces aparece el cansancio de la finitud que se traduce en desconsuelo y zozobra ante la vida, pero es el resultado de una mala educación. Nadie puede cansarse de vivir si está educado en el amor a lo finito» («¿Qué es ser agnóstico?»). Semejante ingenuidad no pierde el carácter de tal pese a la simpática bondad de sus intenciones. Jamás se encontrará una candidez mayor ni una confianza más ciega en la «educación» como panacea, que la aquí mencionada. ¿No es esa afirmación una defensa de la esperanza en lo por llegar? El agnóstico se niega a sí mismo como agnóstico cuando aduce razones futuras de esperanza para solucionar el dolor. ¿Quién refutará al agnóstico que cada mañana nos diga: «Mañana seremos felices»? El propio agnóstico.

El agnóstico de hoy ha renunciado al enigma, pero su fe o su esperanza abstracta no descansan; el agnóstico de hoy echa la culpa del dolor a las

estructuras y niega el misterio del mal, pero no resuelve el misterio de las estructuras; el agnóstico de hoy no pudiendo echar en cara a la trascendencia ciertos desajustes de la inminencia no puede hacer sino resignarse el agnosticismo; el agnóstico de hoy necesita desplegar un prodigio de imaginación para no imaginar otra cosa que su horizonte de experiencia empírico, siendo así que la experiencia está hecha de imaginatividad creativa; el agnóstico de hoy no se hace ilusiones sobre la perfección, pero cree en el progreso; el agnóstico no cree en el milagro, pero por un milagro se convierte en agnóstico; el agnóstico pretende santiguar al mundo, cuando él no se santigua; el agnóstico, en fin, asegura que «nuestra salvación está en el mundo», pero no se ve cómo un mundo enfermo puede hacer salvo a nadie.

No: El agnosticismo no reconforta.

Tanto menos cabe argüir con el agnóstico que «la tragedia personal de quien pretende exceder lo finito suele ser fuente constante de anomalías psíquicas, rencores y frustraciones respecto del mundo y sus exigencias», pues, si bien es cierto que una mala religiosidad produce neurosis sin límite, no lo es menos que la experiencia confirma al hecho religioso no sólo como realidad considerablemente terapéutica al nivel puro y simple de la psicología, sino como —y a eso vamos— posibilidad de integración del dolor en paz, y de transformación de la muerte en vida. No sería justo decir que todo agnóstico es incapaz de asumir su dolor, y tampoco que todo creyente esté vacunado contra el hundimiento. Sí es justo, por el contrario, afirmar que el que vive el amor como sentido de la vida, ése no estará sólo, ni podrá desesperarse.

Mera retórica es asegurar que la muerte, o el zarpazo imprevisto, o la borrasca esperada, pueden evitarse con gotas de estoica paciencia apoyadas en quintaesencias epicúreas: En Jauja no se vive, Jauja es Babia. Y las *Babijaujas* reales que deciden enfáticamente que «en este país ya no habrá accidentes de tranvías» se exponen a ser contradichas por la realidad, a menos que se arrinconen los tranvías, pero en cualquier caso seguirá habiendo accidentes en los nuevos medios de transporte. La verdad, el razonamiento de la modernidad suena a *antífrasis,* esa expresión que significa lo contrario de lo que dice, por lo que «estamos tan contentos» se ha de leer en clave de «¡sálvese quien pueda!». El agnosticismo practica demasiado el asíndeton, y en su desesperado intento de sustituir la conjunción por comas, enfarraga el discurso, en cuyo seno las palabras tienen equívoco sentido, puro reino de la dilogía.

Al menos el creyente no huye del dolor, le afronta; no destierra el mal, le transforma. Suele decirse que el creyente es el que camufla, el que traslada su renuncia a este mundo apostando por el otro. ¿Qué creyente es ése? Por el contrario, solamente el que ya ha comenzado a creer, puede afirmar con San Agustín: «el hombre de bien, ni se engríe con los bienes temporales, ni se siente abatido con los males. Y al contrario, el malvado sufre el castigo de la desgracia temporal, porque con la prosperidad cae en la corrupción» («La Ciudad de Dios»). «Et ipse dolor testimonium est adempti et boni relicti» (Ibi), el dolor mismo es testimonio del bien sustraído y del que aún permanece.

Se puede ser profeta en el dolor, sin ser exhibicionista del sufrimiento (Cfr. J. Vico: «Profetas en el dolor. La enfermedad vista desde los enfermos»).

Transformar el dolor es mantener la esperanza, apurar el gozo es incitar la decadencia: «Los sabios de este siglo —dice San Agustín en la obra citada— han señalado que la juventud llega hasta los treinta años; y cuando ella haya terminado su espacio apropiado, el hombre camina ya al declive de la edad grave y senil». Transformar el dolor no es darle a la máquina de churros; transformar el dolor es cosa que sabe mejor quien más se deja transformar en el amor y desde el Amor; no hay senda unívoca, no hay uno sino muchos caminos, aunque el creyente sepa que hay Alguien que ha encarnado en su totalidad la condición de Camino, Verdad y Vida. Pero los que lo han recibido por participación, ésos pueden con León Felipe decir, sin jactancia, con humildad:

«Nadie fue ayer
ni va hoy
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios.»

Y el que aún no ha llegado a amar lo suficiente como para transformar el amor, ama sin embargo lo suficiente cuando no pierde la esperanza. Y dice:

«Pasión de mis entrañas, Dios mío,
¿es posible que me hayas olvidado?
¿Es posible que te alejes de mí
en el momento de mi mayor abandono?
¿Ya no te llegan mis gritos de desamparo,
ni te conmueves ante el dolor que me desgarra.»
(A. López:. «Poemas para la utopía»)

Y repite:

«¿Hasta cuándo, Señor, se alargará mi prueba?
¿Hasta cuándo va a durar esta situación lamentable
que me pone al borde de la desesperación día tras día?
¿Hasta cuándo voy a ser este mar de gemidos
y esta selva intrincada de dolores?
¿Hasta cuándo las largas noches sin pegar ojo

y con la angustia en el corazón
de no saber qué quieres de mí
y para qué sirve esta prueba a la que me has conducido?
Nadie me entendería si le dijera:
"Es Dios el que así me purifica".
Tengo que sufrir en soledad y en silencio
con la maldición de no poder ser comprendido por nadie
ni poder comprenderme a mí mismo,
y siempre bajo esta tentación, tan fuerte, de dudar hasta
de tu amor...
Yo acudo a la sabiduría de tu amor,
a tus proyectos de bendición y de vida.
Mi alegría me la devolverás cuando actúes
revelándome el por qué de mis horas amargas,
consolándome con la hondura de tus pensamientos
que superan y corrigen todos nuestros cálculos y
previsiones.
¡Y cantaré al Señor
que todo lo ordena para el bien de los que a El se
abandonan!»
(A. López: «En la noche oscura». En «Poemas para la utopía»)

Y aunque no se quiera recordar, lo que le duele al otro a mí me conduele, el ajeno dolor es mi dependencia, yo soy su dolor compartido, administrar mi dolor no es posible sin consolar al triste. Por olvido de lo cual se produce más dolor. Está la omisión, que casi todos omiten. Y está el exceso —también producto del dolor— de quienes se dan a las «ópera supererogatoria» para tratar de enmendarle a Dios la plana. Este es el misterio: Que Dios permite el mal y, sin embargo, es Amor, que los inocentes sufren, y Jesús, el Inocente, también sufrió. El misterio existe. Y la respuesta es la confianza en el Amor, desde el dolor, que así también es dolor esperante y, en consecuencia, potencialidad gozosa y encarnación distendida. Pero esto es más fácil de decir que de vivir, sobre todo para el que lo dice más que lo vive. Convendría callar...

En cualquier caso, insistamos: «Perecerá éste por su culpa, pero de su sangre yo pediré cuentas al centinela... Pero no se crea enteramente libre de culpa quien, sin ser prelado, está ligado a otras personas por circunstancias inevitables de esta vida, y es negligente en amonestar o corregir muchas de las cosas que conoce reprensibles en ellos por tratar de evitar sus venganzas» (San Agustín: «La Ciudad de Dios»).

Ser creyente es ayudarse solidariamente contra el dolor. Por eso es mirar con desconfianza tanto la afirmación de que «no hay grande hombre para su ayuda de cámara», como su apostilla «no porque el grande hombre no sea un héroe, sino porque el ayuda de cámara es el ayuda de cámara». De Goethe a Hegel, hay que dar la vuelta aún a la frase y reducir la historia a un mutuo

ayudarse; el resto es superfluo.

Que nos dejen el dolor, que respeten nuestro sufrimiento. Si saben, que nos lo quiten, y en caso contrario, que no lo oculten. Sólo a quienes no sufren la locura se les ha podido ocurrir la broma de que los locos están sanos. Y no es que pretendamos reducir a un enorme psiquiátrico el mundo entero, pero sí recabamos el reconocimiento de la dimensión de dolor que es una parte alicuota del existir finito, aunque la finitud no sea ya de suyo el dolor. Que no nos traten como a ignorantes instalándonos en la dorada finitud que reniega de su condición finita. Quod gratis asseritur gratis negatur. ¿No es un exceso de salud lo que puede llevar a la autolatría?

Se preguntaba Antonio Andrés en un número de la revista «Communio» (I/1981) qué pasaría en el mundo si nadie quisiera asumir el dolor, descender al dolor para asumirlo y devolverlo purificado en gozo. ¿Qué pasaría? ¿Que todos nos habríamos instalado en la finitud? ¿Y no nos la disputaríamos a gorrazos? Dice el optimista: «A este paso comeremos mierda». Agrega el pesimista: «¿Tú crees que habrá mierda para todos?».

«Tantas obras leyó (Varrón), que nos maravilla tuviera ocio para escribir algo; y escribió tantas cuantas apenas podemos creer capaz de leer a alguien» (San Agustín: «La Ciudad de Dios»). Y tanto estamos escribiendo sobre el dolor, que ya nuestro dolor se desfigura. No es el más escribidor el mejor sentidor. Con frecuencia es su peor consolador, y su más encarnizado enemigo. Por eso vale concluir así:

> «Yo creí que podría por mí mismo
> observar una conducta intachable.
> Llegué a pensar que una vida recta y venerable
> era fruto del esfuerzo metódico y programado.
> Si cada año —me decía— me arranco un defecto de encima,
> pronto llegaré a ser santo.
> Y ya me veía admirado por los demás
> con elogios a mi virtud en los labios de todos.
> Por miedo a hacer algo malo y molestar a alguno
> dejaba de hacer lo bueno que beneficiase al necesitado.
> Y terminé viviendo pendiente de mi imagen pública
> más que de la verdad oculta en mi corazón.
> Entonces me di cuenta de lo estéril de mi vida...
> Mis años pasan más aprisa de cuanto quisiera;
> y, si miro hacia atrás, me parece que ayer era mejor que soy hoy;
> pues el paso del tiempo hace más fuerte mi miseria,
> y a mí más débil para luchar contra la misma.
> No puedo arrojar un solo pecado de mis espaldas
> no puedo sumar un solo mérito a mi proceder...
> ¡Mi esperanza, como un río, brota de ti,
> y en él me sumerjo buscando la claridad a mi existencia terrena!»
> (A. López: «Brevedad de la vida». En «Poemas para la utopía»)

Así habla el dolorido, pero creyente. Lástima no saber hablar así, quedándose mientras a solas con el dolor, en soledad asoladora.

Nota biográfica

Carlos Díaz, 39 años, casado, dos hijos. Es Doctor en Filosofía, autor de ensayos como *Contra Prometeo,* Madrid, 1980; *Sabiduría y locura,* Santander, 1982; *Memoria y deseo,* Santander, 1983; *El sujeto ético,* Madrid, 1983; *Intensamente, cotidianamente,* Madrid, 1983. Miembro de la edición española de *Communio.*